
TURQUÍA. Viaje al país laico del Islam

PABLO MOYANO LLAMAS
ACADÉMICO NUMERARIO

De pronto sonó el teléfono. Estaba preparando "Pulso a la vida". ¿Es usted Pablo Moyano Llamas? "Aquí Madrid. Agencia Vincit. Soy Rafael Capitán, responsable de promoción. ¿Le interesaría venir a Turquía?" ¿Cuánto vale? le dije. No, es una invitación. Un par de veces al año realizamos viajes de este tipo. Es completamente gratis, salvo mínimos gastos de entrada en el país, y lo que usted quiera luego comprar. Era una tentación demasiado fuerte. Sobre todo para quien es un apasionado de conocer el mundo. Además esta salida venía a contrarrestar mi ayuno viajero del pasado verano. Había problemas de clases y de sustitución. Alguien –al que estoy profundamente agradecido sin saber quién es– debió de dar mi nombre entre otros muchos. O al menos entre unos pocos. Solicité permiso, busqué sustituto. Turquía se presentaba ante mis ojos como un viaje de estudios y también como una peregrinación. Estudios bíblicos, sobre todo de San Pablo y de los primitivos concilios. Estudios de arqueología y de conocimiento de un mundo tan distinto al nuestro. Una vez más se trataba de ensanchar el alma y la vida, de tomar el pulso a otros pueblos, a otras gentes, a otras culturas. Y eso me chifla porque es profundamente enriquecedor. Al fin se arregló todo. Y partí, en el AVE. Hoy se discute mucho sobre ese tren. Polémicas aparte es una maravilla. Servidor fue en clase turista, a lo pobre. Sin meriendas y sin azafatas que cada dos por tres te sirven lo que quieras. Pero aún a lo pobre es una maravilla. Ya para siempre me apunto al AVE. Vale la pena.

Tras una noche en Madrid, pago un taxi y voy a Barajas, hacía frío, atascos y el contador sumando. Dos mil pesetas mal contadas, pero no había otro camino. Allí conozco al grupo. No somos muchos los "privilegiados". La mayoría madrileños. Once sacerdotes y tres seglares. Párrocos, algún religioso navarro, coadjutores, dos mujeres, un capellán, un seglar, humilde y noble servidor de una parroquia. Buena gente. Enseguida trabajamos amistad. En nombre de "Vincit" un hombre experimentado y servicial cien por cien: Rafael Capitán. Sería el alma de esta excursión a Turquía. Alma y mecenas. Larga espera en Barajas. Eso me

revienta, pero es imprescindible. Controles y más controles. Hasta el avión. Es un Boeing 737 de las líneas aéreas turcas. No muy grande, pero sí cómodo. Te da cosquillas el “baño del aire” al subir. Pero me encanta. Escala en Roma. Una hora. Luego te sirven la cena. Todo te lo dicen en inglés y eso me molesta. El español brilla por su ausencia a pesar de ser españoles la inmensa mayoría. Cinco horas de vuelo, contando la escala. Cuando el aparato aterriza, aplaudimos. Pagamos diez dólares en el aeropuerto al visar el pasaporte. Un autocar nos espera. Y nos lleva a un hotel céntrico de Estambul. Desde el principio Estambul me parece –nos parece– una ciudad mastodónica, enorme. Luego me enteraría que tiene diez millones largos de habitantes. Tres veces Madrid.

Ducha y cena. Buen hotel. Y buena comida. Estos turcos comen bien. Carne, verduras, dulces, café o té de manzana. Desde el primer momento el té me chifla. He descubierto una bebida excepcional, para mi gusto. Y a la cama.

Madrugamos. A las seis, en planta. Hemos cambiado la hora. Una más. Y otra vez al aeropuerto. Observo la gente. El noventa casi por ciento son hombres. Las mujeres, la mayoría turistas. Las turcas con sus velos, sus vestidos largos, alguna con la cara tapada. Me doy cuenta de que este es otro mundo, otro estilo de vida. Aquí se cabalga a lomos del Islam y de la modernidad europea. Turquía más que puente es encrucijada, una experiencia singular y única dentro del Islam. Su tierra equivale a España y media, sus gentes cincuenta y ocho millones de almas, de las cuales el noventa y siete o noventa y ocho por ciento profesan la religión de Mahoma. Y ya sabemos que el Islam está en expansión. Lo comprobaríamos enseguida.

De Estambul a Ankara. Una hora de vuelo en un “air bus”. Más de trescientos pasajeros. Te sirven café o té con unas pastas. Desde la nave miramos el paisaje, todo nevado. Bajamos. Caen unos suaves copos de nieve. Hace un frío que pela. Nos espera otro autobús y un buen chófer que sería durante once días nuestro silencioso y eficaz conductor. Aprendí su nombre: Hibraim. Y nos recibía antes –se me olvidó decirlo– una guía formidable. Una profesional de tomo y lomo, simpática y lista como el hambre, que se ganó el cariño y la admiración del grupo: Sandra. Sandra era sefardí, judía de pura cepa y liberal de convicciones. También una enamorada de España, como todos los sefardíes. Ha venido y quiere venir este verano a conocer Andalucía. Con Rafael Capitán y con Sandra, el éxito del viaje está asegurado plenamente.

Visitamos Ankara. Casi de paso. Es una ciudad mitad moderna, mitad clásica. Tres millones de habitantes. Vamos derechos al Museo de las Civilizaciones. Es una maravilla. No te dejan hacer fotos. Una pena. Alguna hago de hurtadillas. Allí contemplo los cráneos más antiguos del mundo. O de los más antiguos. Allí veo objetos de mil quinientos años antes de Cristo. Esculturas, bajorrelieves, bronce, cerámicas, tesorillos –y tesoros– de valor incalculable. Aquí me pasaría yo media mañana o un día entero. No me dejan. Me tiran y me empujan hacia el autocar. Me resisto. El Museo de las Civilizaciones bien vale un viaje a Turquía. Sólo él. Asirios, hititas, frigios, romanos. ¡Dios, qué maravilla! ¡Y qué poco tiempo!.

Bordeamos el monumento a Kemal Ataturk. Gran mausoleo. Turquía tiene siete mil años de historia. Desde cinco mil años antes de Cristo. Pero la Turquía moderna está uncida para siempre al nombre de Kemal Ataturk, el padre y forjador de la moderna República turca. Ataturk cambió el giro de su historia. Desde 1923,

Turquía cabalga a lomos de la modernidad europea –ya lo dije– y de la fidelidad al Islam, a las tradiciones ancestrales. Ha querido ser fiel al progreso y al profeta Mahoma. Turquía es un caso único dentro de los países islámicos.

La Turquía laica

Hoy Turquía es un estado laico. El gobierno no es confesional. Hay libertad de religión y estilos europeos. Es casi impensable, pero así es. En Turquía no se descansa los viernes. Son festivos los sábados y domingos. Se escribe con caracteres latinos. Se intenta compaginar el progreso europeo con la vivencia de costumbres islámicas. Sesenta años de laicismo “sui géneris” le han dado un aire singular no exportado a ningún otro país vecino. Más aún; todos los países limítrofes, hermanos en religión y en costumbres no ven con buenos ojos las reformas de Atatürk. En Turquía, sí. Su sombra está en todas partes. Y su recuerdo. En plazas y esquinas, en monumentos y en avenidas, todo es un permanente recuerdo de aquel soldado de los sultanes que encabezó un movimiento que terminaría en 1923 con siglos de sultanato. Kemal Atatürk moriría en 1938, víctima de una cirrosis hepática. El era –aparte del padre de la moderna Turquía y de un estupendo soñador del futuro– un empedernido bebedor de raky. Hoy su tumba es centro de admiración y de peregrinaje. Punto de referencia para la europeización del país. Y de rechazo radical de todos los integristas islámicos.

Capadocia

Tras nuestra visita al Museo de las Civilizaciones nos dirigimos hacia Capadocia. Nunca había visto el viajero una extensión tan enorme de kilómetros nevada. Más de doscientos kilómetros de nieve sin solución de continuidad. La carretera es mala. Aquí no hay nada de autovías, ni cosa que se le parezca. Se parece a la carretera de Córdoba a Granada, por Alcaudete, aunque con menos curvas. Paramos en un restaurante. Las manos están heladas. El frío se mete por los huesos. Para quitar el frío tomamos té de manzana. Atravesamos el lago Agalli. Está helado. Observo muchos pájaros a la orilla de la carretera. Los pobres buscan algo de comida al filo del asfalto. En otro restaurante almorzamos: tortilla, carne de cordero, verduras, arroz con leche. Otra vez té. Y seguimos. Atravesamos una inmensa llanura nevada. La guía nos dice que son campos de trigo. Campos de pan llevar, hoy cubiertos de nieve y de soledad. El paisaje es alucinante. Bellísimo. Me fijo en las casas que pasamos. Son casas muy bajas. Los techos planos, como en casi todos los países árabes. La circulación es muy escasa. Y los árboles apenas se ven. Me extraña esta orfandad de frutales y de bosques. Luego me enteraría que el dieciocho por ciento del territorio son bosques. Aquí no lo parece. Atravesamos pueblos más o menos pequeños. Sobresalen los minaretes. Hay pueblos con dos o tres minaretes. El Islam se ve que está en auge por estas tierras turcas. Florecen las mezquitas nuevas. Muchas son promesas de los más ricos. Como aquí en España en los pasados siglos.

Estamos en la llamada ruta de la seda. En la patria de los seleúcidas. Al borde del camino, un nicho de oración. Nuestra guía nos dice que cerremos los ojos unos segundos. Al abrirlos nos encontramos con un paisaje increíble. Estamos ante las grutas de los volcanes. Nunca habíamos visto algo parecido. No se puede describir. Lo que tenemos delante es lo nunca visto. Filigrana y maravilla de la naturaleza y de lava vertida. Valles de Uchisar y Goreme. Las palomas anidan en estas grutas. Forman picachos en remate de chimenas. Es éste un paisaje de ensueño. Al fondo, un lejano monte que hace milenios vomitaba lava. Hay vendedores ambulantes. Tiendas tentadoras. Compró un cobre. Para mi gusto, una pequeña y preciosa obra de arte en figura de mujer. Te brindan el ojo de la felicidad, que en Turquía lo llevan al cuello, en los coches y en el quicio de las casas. Llegamos al hotel. Un poco rotos los cuerpos, pero asombrados y contentos. Esto vale la pena.

Cena y sueño merecido, tras la ducha. Madrugamos. Estamos en el corazón de Capadocia. Otra vez carretera y nieve. Visitamos una fábrica de las famosísimas alfombras turcas. Nos invitan –siempre lo hacen– a café o a té. Vemos dos mujeres tejiendo los hilos, todo una pura obra de artesanía. Luego nos enseñan más de cuarenta modelos, obras admirables, alguna de las cuales ha costado tres años y medio hacerla. Vale casi cuatro millones. Otras, medio millón. Las hay por treinta mil pesetas. Pero...¿quién carga con ese “muerto” días y días?. Nos adentramos en el valle. Vamos de asombro en asombro. La nieve y las cuevas dan al entorno un aspecto desconcertante. Nuestra guía nos explica. Aquí estaban y vivieron durante siglos los cristianos. Y aquí llegaron a vivir cerca de diez mil monjes. Las cuevas eran monasterios, viviendas de los ermitaños. Y aquí quedan aún casi doscientas iglesias-capillas. Visitamos algunas de las más importantes. Casi todas conservan admirables pinturas. Frescos bellísimos, muchos de ellos muy deteriorados. No hay vigilancia alguna. Los catetos han escrito sus nombres en las paredes. Muchas imágenes están destrozadas. Evocamos los nombres de San Basilio, Gregorio de Misa, Gregorio Nacianceno. Leemos textos de la Patrística. ¡Dios, esta gente sí que tomaban en serio su cristianismo y su fe!. ¡Estos sí que sabían a dónde iban!. Quedan sus vestigios, su huella. Pero no hay un monumento, una estela mínima que agradezca su paso y su testimonio. Visitamos la iglesia mayor, cuyos frescos nos deslumbran. En aquellos techos y en aquellas paredes está todo el Evangelio. A veces hasta repetido. El templo era el catecismo vivo. Un libro abierto donde los cristianos mamaron la fe, y los monjes artistas echaron los cinco sentidos. Pinturas del siglo XIII de un vigor y de una belleza increíbles. Visitamos la cocina, el establo, el comedor de piedra de los monjes anacoretas. Nos deja una grata impresión este valle de Goreme, las celdas de los sacerdotes, el valle del camello, donde también las piedras volcánicas hacen estas curiosas figuras. Los pies casi se nos congelan de tanto subir y bajar sendas nevadas. Menos mal que luego vendría un gran hotel de nombre Dedeman. Buen hotel y mejor comida. O mejor, cena: sopa, carne, fiambres, arroz con leche, dulces. La comida turca cada vez me parece mejor. Es mucho más de lo que yo esperaba. Eso sí, con el sabor típico que le dan las especias.

Dejamos Mevsheir. Interminable paisaje de nieve. Ahora, desde ayer vemos más casas estilo europeo, y siempre los minaretes y las mezquitas. Hago fotos a las mujeres con sus vestidos hasta los pies y su cara medio tapada, como hace cien,

como hace quinientos años. Kemal Ataturk no ha podido del todo con los usos islámicos. Las raíces son las raíces y eso no hay quien lo borre. No se puede borrar la historia.

Llegamos a Dermkuyu. Aquí está la primera ciudad subterránea del mundo. Nuestra guía nos la explica. Y nuestro Capitán nos lee algunos textos al caso. En el camino me había preguntado: ¿una ciudad bajo tierra?. ¿Cómo puede ser eso?. No. No son casas. Son unas enormes y estrechísimas galerías. A un lado y a otro habitaciones más o menos “confortables”. Quedan los hoyos de las sepulturas, los de las tinajas, las huellas de las antorchas con que se alumbraban aquellos hijos del subsuelo. Aquí debieron de vivir los lejanos hititas. Y aquí se refugiaban los cristianos en tiempos de persecuciones. Aún quedan las enormes piedras redondas que tapaban las puertas y la entrada. La gran chimenea por la que aquella ciudad sumergida respiraba. Para poder pasar la galería tienes que ponerte casi a gatas. ¿Cómo podían vivir los hombres y mujeres en este sitio?. Me pregunto. Desde luego no hace frío. Pero aquello te ahoga. Al fin respiramos, otra vez fuera.

Hacia Konia

En el autocar Sandra nos explica la vida turca. Que existe un diez por ciento de parados, una inflación del setenta por ciento, que hay poca pobreza, salvo en algunos colectivos gitanos, que un piso pequeño vale unos cuarenta mil dólares, que el sueldo medio de un trabajador es de treinta y cinco o cuarenta mil pesetas, que el pueblo es muy solidario y conserva una moral tradicional muy sana, que no hay nada de droga y que el respeto y la amabilidad hacia los visitantes son exquisitos. Algo de todo eso comprobaríamos todos en nuestro largo peregrinar por estos campos y pueblos sugestivos y cubiertos de paz y de nieve. Paramos en Yemice. A la puerta del restaurante una estampa clásica: los limpiabotas. Por mil liras turcas –unas quince pesetas– te dejan los zapatos nuevos.

Comienza a dejarnos la nieve. Por fin descubrimos el campo desnudo. Pero sería por poco tiempo. Hay poquísimo tráfico. Llegamos a Konia. Konia es la antigua Ikonio de la que hablan los *Hechos de los Apóstoles*.

Las huellas de San Pablo

No he dicho ni una palabra del Apóstol. Pero hemos cruzado de parte a parte –aunque no todos– los caminos de Saulo. Hemos pisado –y pisaremos– caminos trillados por el más ardiente enamorado sembrador de Evangelio y de fe, que haya conocido la Historia. Nada recuerda tampoco su paso y su huella hoy en estas tierras antes cristianas, cuna y raíz de vigorosas comunidades. Hemos atravesado Galacia, ahora Ikonio. Luego, Efeso, Colosas. Pablo, Bernabé, Juan, María... Uno toma entre las manos las *Cartas*, las hojea y las entiende mejor, como se entienden los Evangelios en Galilea y en Jerusalén. Aquí en Ikonio Pablo las pasó canutas con Bernabé, amenazados de muerte.

Ikonio, una aguja en un pajar

Hoy se llama Konia. Una ciudad como Sevilla, poco más o menos. Konia es ante todo y sobre todo la ciudad de Mevlana. Mevlana fue ante todo y sobre todo un profeta, un santo de islam. Aquí está su tumba y su legado. Aquí está su monasterio. Mevlana quiso llegar a Dios a través de la contemplación, el sacrificio y la danza. Su tumba está junto a la mezquita Selimiye. Junto a él muchos santones posteriores. El monasterio es hoy un museo. Libros del Corán, alfombras, vidrieras, objetos, vestiduras de la orden. Y algunas esculturas que te dan una idea exacta de cómo vestían y cómo rezaban. Kamal Ataturk se cargó también el monasterio. El de los Delviches. Hoy viven en casas particulares, se reúnen y viven en solitario las reglas de la orden. Una vez al año danzan ante el pueblo, que los admira y venera. En el hotel nos pusieron estas danzas, suaves, incansables, bajo la guía del "maestro". Yo me traje un azulejo y una cinta con la música de estos danzantes de Konia. En el patio del cenobio tumbas al aire libre.

Me gustó ese museo. Pero no entiendo porqué Ataturk suprimió el monasterio. Aquellos monjes eran una estampa singular, todo un espejo de perfección y espiritualidad. Pero así es la vida.

Nos quedaba una sorpresa, aparte del frío. La visita a la única iglesia católica de Konia. Muy bonita por cierto. Allí tuvimos una de las misas más impresionantes de nuestra gira. Una italiana y otra francesa. Las dos monjas ya entradas en años. Calculo sesenta y tantos y setenta. Son Hermanas de Foucol. Es decir pobres de solemnidad y humildes servidoras de los pobres. Ellas se limitan a servir a cuantos llegan, visitar enfermos y familia en apuros. Oyén, dialogan, atienden a los peregrinos y a los simples turistas que llaman a sus puertas. Viven en una casita muy humilde, con techos muy bajos y donde el frío debe de ser de campeonato. La iglesia es de principios de siglo, herencia de la dominación inglesa. No tienen sacerdotes, ni capellán. Por eso ven el cielo abierto cuando, de paso, se presenta alguno como nosotros. En Konia apenas hay cristianos. Y católicos menos. Tan sólo cinco. La presión social es muy fuerte, y como en todos los países islámicos, la siembra del Evangelio es extremadamente difícil. Nos dejó escalofríos en el alma el testimonio impresionante de estas religiosas, que por lo demás nos parecieron muy inteligentes. Dos almas de Dios, dos humildes gigantes del espíritu. Sentimos casi vergüenza de nuestras batallitas, de nuestros encasillamientos y —a veces— de nuestro raquíptico testimonio. En la limpia y bonita capilla celebramos una misa concelebrada, muy emotiva. El frío, a pesar de la modesta estufa, nos helaba los huesos, pero el alma estaba en tensión.

Pamukale

Nos levantamos temprano. Nos despiertan —aparte del teléfono del hotel— los altavoces de las mezquitas. Durante veinte minutos los minaretes invitan a la oración. Casi como siempre es un día muy frío y nos separa un camino largo. Dejamos Konia, la ciudad más integrista de Turquía. Atravesamos la ruta de los

lagos, hasta Hierápolis. Para el grupo Hierápolis es todo un descubrimiento. Nos sonaba por el obispo Papías y sus cartas. Pero allí nos encontramos la mayor necrópolis que he visto en mi vida. Aún están a flor de tierra muchos sarcófagos, sepulcros romanos. Restos de edificaciones de hace dos mil años. En pie algunos muros, arcos, etc. de la gran basílica cristiana. Y el foro con sus columnas, un montón de ruinas, capiteles, fustes, el teatro preciosamente conservado. Evocamos a S. Pablo, Tertuliano, Justino.

Baño en las aguas termales a diez grados bajo cero. ¡Y qué buen hotel! Sandra nos habla del consumo de drogas. Está penado y prohibido. No hay. Pasamos cerca de Colosas, región de mártires. Recordamos el Apocalipsis y las cartas a las 7 iglesias de Asia. Estaban aquí. Comemos en Denizli. Sopa, carne, empanadilla –valga la palabra– frutas, té, dulces. Y... mala pata. Multan al chófer por exceso de velocidad. Ya no nos acordamos de las cascadas de algodón, ni de las ruinas. Surgen otras. Vemos el templo de Afrodita –lo que queda–, el estadio, el foro, los baños, la casa de los sacerdotes, esculturas del museo. En la ruta hay pinos, olivos, higueras, bosques. Observo y cuento en un pueblo catorce minaretes. Atravesamos Garahisar, moderna y plenamente europea. Restos de vías romanas. Por estas rutas viajó San Pablo. Huertas y buena vegetación. Mercados al aire libre.

Observo muchos pisos nuevos. Turquía progresa lentamente. Le falta mucho camino para equipararse a Europa. Observo los cementarios al borde del camino. Visitamos el estupendo estadio. Pero me da la sensación de que estos turcos no cuidan y miman como debieran estas ruinas. Es formidable el templo de Apolo. Vemos una mezquita convertida en tal, cuando antes había sido templo cristiano. No son una ni dos. Muchos templos católicos han pasado a ser mezquitas. En todas partes cuecen habas y aquí más que en otros sitios.

Llegamos a Mileto. ¡Qué teatro! Tiene una cabida para 25.000 espectadores... Me fijo en el estupendo graderío, en piedra y mármol blanco. De frente, los montes y las ruinas. Una Misa en las gradas del estadio, o mejor del teatro. La preside el cura canario. Tiene un nombre raro: Argelio. Joven y con garra. Bueno, todos estos curas tienen garra y están al día. Dispare y fraternos. La convivencia es una maravilla. Lo mejor del viaje... El hotel Korumar es una delicia con las vistas al Mar Egeo. La cena es estupenda. Hay de todo lo habido y por haber. Una maravilla. Esta cocina turca me asombra. Y... a la cama.

Efeso

¿Cuántos Efesos hubo en la historia?. Nada menos que cinco con ese nombre en distinto sitio más o menos cercano. Hoy se llama Selchu. Subimos la montaña. Monte exuberante. Precioso paisaje. Llegamos a “La Casa de la Virgen”. ¿Vivió aquí con San Juan?. Eso dice la tradición y... el milagro de Emeteria, aquella alemana tullida que describió el lugar desde tres mil kilómetros de distancia y que sería explorado en 1890. Allí excavaron en 1925. Y allí está la modestísima capilla de la Virgen, hoy centro de peregrinación de todo el mundo. Unos frailes capuchinos la cuidan. Un fraile italiano me regala un libro con toda la historia. Y allí ante una Virgen sin manos decimos la Misa. Las manos son despojo de la II

Guerra Mundial. Emociona la pobreza y... la altura. ¡Qué alta se subió la Virgen!...

Abajo, la Efeso inmortal. Yo jamás esperaba algo parecido. No he visto tanta maravilla ni en Italia. Quien quiera aprender arqueología que vaya a Efeso. Mosaicos, canales, tiendas, foro, mármoles, termas, templo, biblioteca de los emperadores, ágora comercial. ¡Qué maravilla de ciudad romana!. Debió de tener doscientos mil habitantes largos. Además nos suena ese nombre. Aquí hubo un concilio trascendental sobre el Verbo Encarnado. Y sobre la maternidad divina de María. Arrio y Nestorio. Recordamos las disputas teológicas y las condenas. La obra de Justiniano. Visitamos el lugar del concilio y la basílica de San Juan, impresionante. ¡Lástima que el esfuerzo por reconstruir esa inmensa iglesia no culminara.

De paso observo la única columna que queda en pie del templo de Artemisa. Hoy me entero de que no está en claro quién la destruyó. Cena y sueño.

Y... a Esmirna. Para tomar el avión a Estambul.

Estambul es una ciudad monstruo. Ya lo dije. Sólo ella exigiría muchas páginas. Nuestra visita duró tres días. Y son pocos. Estambul tiene muchos palacios y muchos museos. Santa Sofía, Mezquita Azul, la de Solimán el Magnífico. El Salvador, Mar de Mármara, Cuerno de Oro, hipódromo, palacio del Sultán, Bósforo, Gran Muralla, plazas y Gran Bazar. Santa Sofía me decepcionó. Es impresionante pero no está atendida como se merece. Y además no entiendo porqué Atatürk la convirtió en un frío museo. Ni los disparates artísticos cometidos en su interior. Y me asombra los tesoros del palacio del Sultán, palacio Topkapi.

En el Gran Bazar se pierde uno. Cuatro mil tiendas bajo las bóvedas. Gentes amables y serviciales cien por cien. Regateas y sacas tajada... si no eres tonto.

No. No cabe en este reportaje todo cuanto uno aprendió en Turquía. En lo social, un país que quiere ser moderno, que lleva años y años intentando ponerse al día, estar a la altura de Europa, de la cual se siente discípula desde hace setenta años. Un país que es un inmenso libro abierto para los ojos y para el espíritu. Un libro de arqueología, de fe y de historia viva.

Un país de profundas resonancias bíblicas y patrísticas, ruta de San Pablo y cuna de concilios y de grandes santos, cuyo recuerdo sin embargo apenas se ve por ninguna parte. Un país islámico con fidelidad radical a sus raíces. Amable y servicial, sí, pero muy distante aún a cuanto hoy es Occidente. Turquía es distinta. Muy distinta en paisaje, costumbres, raíces, arte, en todo. Pero es un país amigo de quienes lo visitan, con grandes virtudes ancestrales, y con los vicios de ese mundo: ciudades descuidadas, poco desarrollo, integrismo a ultranza en muchos sitios. Pero es un país que vale la pena. Tan sólo el paseo en barco por el Bósforo es toda una delicia impagable.

Un país al que vale la pena volver. Me quedé con las ganas de ver más museos, más mezquitas, más pueblos detenidamente. Pero de todos modos ha sido una estupenda experiencia que vale la pena repetir.

Desde aquí mi gratitud a la Agencia "Vincit", a Sandra, a Hibraim, a ese puñado de compañeros y de compañeras que me hicieron pasar doce días inolvidables. Un señor viaje de estudios, y una estupenda peregrinación. Desde la arqueología y desde la fe Turquía vale la pena. Palabra que vale la pena. Ella sola sin otros añadidos.

Y gracias sobre todo a Rafael Capitán, al que debo gratitud infinita. También al formidable grupo que hizo esta convivencia inolvidable. Uno en fin de los mejores viajes de mi vida. (Y no han sido pocos).